

segunda para extirpar el mal que está en ella con el bien que está en él; cuando convoca y llama á todos los hombres para que se levanten en rebeldía contra todas las instituciones sociales, no cabe duda sino que en esta manera de plantear y de resolver la cuestion, si hay mucho falso, hay algo de gigantesco y de grandioso, digno de la majestad terrible del asunto. Pero cuando el liberalismo explica el mal y el bien, el orden y el desorden, por las varias formas de los gobiernos, todas efimeras y transitorias; cuando prescindiendo por un lado de todos los problemas sociales, y por otro de todos los religiosos, pone á discusion sus problemas políticos, como los únicos que son dignos por su alteza de ocupar al hombre de Estado, no hay palabras en ningun idioma con que encarecer la profundísima incapacidad y la radical impotencia de esta escuela, no ya para resolver, sino hasta para plantear estas pavorosas cuestiones. La escuela liberal, enemiga á un mismo tiempo de las tinieblas y de la luz, ha escogido para sí no sé qué crepúsculo incierto entre las regiones luminosas y las opacas, entre las sombras eternas y las divinas auroras. Puesta en esa region sin nombre, ha acometido la empresa de gobernar sin pueblo y sin Dios: empresa extravagante é imposible: sus dias estan contados, porque por un punto del horizonte asoma Dios, y por otro asoma el pueblo. Nadie sabrá decir dónde está en el tremendo dia de la batalla, y cuando el campo todo esté lleno con las falanjes católicas y las falanges socialistas.

CAPÍTULO IX.

SOLUCIONES SOCIALISTAS.

Las escuelas socialistas sacan una gran ventaja á la liberal, así por la naturaleza de los problemas que se proponen resolver, como por la manera de plantearlos y de resolverlos. Sus maestros se muestran familiarizados, hasta cierto punto, con aquellas especulaciones atrevidas que tienen por asunto á Dios y su naturaleza, al hombre y su constitucion, á la sociedad y sus instituciones, al universo y sus leyes. De esta inclinacion á generalizarlo todo, á considerar las cosas en su conjunto, á observar las disonancias y las armonías generales, procede una mas grande aptitud en ellos para entrar y salir, sin perderse, en el laberinto intrincado de la dialéctica racionalista. Si en la gran contienda que tiene como en suspenso al mundo no hubiera otros combatientes sino los socialistas y los liberales, ni la batalla sería larga, ni dudosa la victoria.

Todas las escuelas socialistas son, bajo el punto de vista filosófico, racionalistas; bajo el punto de vista político, republicanas; bajo el punto de vista religioso, ateas. Por lo que tienen de racionalistas, se asemejan á la escuela liberal, y se distinguen de ella por lo que tienen de ateas y de republicanas. La cuestion consiste en averiguar si el racionalismo va á parar lógicamente al punto en que la escuela liberal hace alto, ó al término en que descansan las escuelas socialistas. Reservando para mas adelante el exámen de esta cuestion por lo relativo al punto de vista político, nos ocuparemos aquí principalmente del punto de vista religioso.

Considerada bajo este aspecto la cuestion, es cosa clara que el sistema en virtud del cual se concede á la razon una competencia omnímota para resolver por sí y sin ayuda de Dios todas las cuestiones relativas al órden político, al religioso, al social y al humano, supone en la razon una soberanía completa y una independencia absoluta. Este sistema lleva consigo tres negaciones simultáneas: la de la revelacion, la de la gracia, y la de la providencia; la de la revelacion, porque la revelacion contradice la competencia omnímota de la razon humana; la de la gracia, porque la gracia contradice su independencia absoluta; la de la providencia, porque la providencia es la contradiccion de su soberanía independiente. Pero estas tres negaciones, si bien se mira, se resuelven en una: la negacion de todo vínculo entre Dios y el hombre; como quiera que si el hombre no está unido á Dios por la revelacion, por la providencia y por la gracia, no está unido á Dios de ninguna manera.

Ahora bien, afirmar esto de Dios y negarle, es una misma cosa. Afirmarle dogmáticamente despues de haberle despojado dogmáticamente de todos sus atributos, es una contradiccion reservada á la escuela liberal, la mas contradictoria entre las racionalistas. Por lo demas, esta contradiccion, lejos de ser accidental, es esencial en esta escuela, la cual, por cualquiera lado que se la mire, es un compuesto exótico de palmarias contradicciones. Eso mismo que hace con Dios en el órden religioso, hace en el político con el rey y con el pueblo. La escuela liberal tiene por oficio procla-

mar las existencias que anula, y anular las existencias que proclama. Ninguno de sus principios deja de ir acompañado del contraprinipio que le destruye. Así, por ejemplo, proclama la monarquía, y luego la responsabilidad ministerial, y por consiguiente la omnipotencia del ministro responsable, contradictoria de la monarquía. Proclama la omnipotencia ministerial, y luego la intervencion soberana, en materias de gobierno, de las asambleas deliberantes, la cual es contradictoria de la omnipotencia de los ministros. Proclama la soberana intervencion en los asuntos del Estado de las asambleas políticas, y luego el derecho de los colegios electorales para fallar en última instancia, el cual es contradictorio de la intervencion soberana de las asambleas políticas. Proclama el derecho de supremo arbitraje que reside en los electores, y luego acepta mas ó menos explícitamente el supremo derecho de insurreccion, contradictorio de aquel arbitraje pacífico y supremo. Proclama el derecho de insurreccion de las muchedumbres, lo cual es proclamar su soberana omnipotencia; y luego da la ley del censo electoral, lo cual es condenar al ostracismo á las muchedumbres soberanas. Y con todos estos principios y contraprinipios se propone una sola cosa: alcanzar á fuerza de artificio y de industria un equilibrio que nunca alcanza, porque es contradictorio de la naturaleza de la sociedad y de la naturaleza del hombre. Solo para una fuerza no ha buscado la escuela liberal su correspondiente equilibrio: la fuerza corruptora. La corrupcion es el dios de la escuela; y como Dios está á un tiempo mismo en todas partes. De tal manera ha combinado las cosas la escuela liberal, que donde ella prevalece, todos han de ser forzosamente corruptores ó corrompidos; porque en donde no hay ningun hombre que no puede ser César ó votar al César ó aclamar al César, todos han de ser ó Césares ó pretorianos. Por esta razon, todas las sociedades que caen debajo de la dominacion de esta escuela, mueren de una misma muerte: todas mueren gangrenadas. Los reyes corrompen á los ministros prometiéndoles la eternidad; los ministros á los reyes prometiéndoles el ensanche de su prerogativa. Los ministros corrompen á los representantes del pueblo poniendo á sus piés todas las dignidades del Estado; las

asambleas á los ministros con sus votos; los elegidos trafican con su poder, los electores con su influencia; todos corrompen á las muchedumbres con sus promesas, y las muchedumbres á todos con bramidos y amenazas.

Volviendo á anudar el hilo de este discurso, diré que cuando las escuelas socialistas niegan la existencia de Dios, que viene afirmada por la escuela liberal, no hacen otra cosa sino ser mas lógicas que la liberal, y mas consecuentes. Y sin embargo de esto, distan mucho de serlo tanto en su línea, como lo es en la suya la escuela católica. La escuela católica afirma á Dios con todos sus atributos, con una afirmacion dogmática y soberana. Las socialistas al revés, aunque vienen á negarle en definitiva, ni le niegan del mismo modo, ni le niegan por unas mismas razones, ni le niegan resueltamente. Consiste esto en que el hombre mas intrépido se sobrecoje de espanto al afirmar que no hay Dios, de una manera absoluta. Cualquiera diria que al llegar aquí teme el hombre no poder pasar de aquí, y que se desplome el cielo sobre el blasfemador y su blasfemia. Los unos le niegan diciendo: Todo lo que existe es Dios, y Dios es todo lo que existe—los otros, afirmando que la humanidad y Dios son cosas idénticas: entre ellos hay algunos que aseguran que en la humanidad hay dualismo de fuerzas y de energías, y que el hombre es el representante de ese dualismo. Los que son de este sentir, distinguen en el hombre las fuerzas reflexivas y las energías espontáneas; la verdadera humanidad está en las primeras, y la divinidad verdadera en las segundas. Por este sistema, Dios no es ni todo lo que existe, ni la humanidad: Dios es la mitad del hombre. Otros son de otro parecer, y niegan que Dios sea hombre ó parte del hombre, que sea la humanidad ó que sea el universo; y se inclinan á creer que es un sér sujeto á encarnaciones diferentes y sucesivas; que donde quiera que hay una gran influencia ó una grandiosa dominacion, allí está Dios encarnado: Dios se ha encarnado en Ciro, y en Alejandro, y en César, y en Carlo Magno, y en Napoleon. Se encarnó sucesivamente en los grandes imperios asiáticos y luego en el macedónico, y despues en el romano: al principio fué el oriente y despues el

occidente. El mundo cambia de semblante en cada una de estas encarnaciones divinas, y da un paso en el camino del progreso, cada vez que á consecuencia de una nueva encarnacion cambia de nuevo su semblante.

Todos estos sistemas contradictorios y absurdos se han encarnado en un hombre venido al mundo en estos últimos tiempos para ser la personificacion de todas las contradicciones racionalistas. Este hombre es M. Proudhon, de quien hemos hecho mérito y de quien le haremos muchas veces en el discurso de esta obra. M. Proudhon pasa por el mas docto y consecuente de los socialistas modernos: por lo que hace á su doctrina, no cabe duda sino que es superior á la de cuasi todos los racionalistas contemporáneos: por lo que hace á su consecuencia, por las muestras que damos aquí, relativas todas á los problemas que son asunto de este libro, podrán formarse de ella una idea cabal nuestros lectores.

En las *Confesiones de un revolucionario*, Mr. Proudhon define á Dios de la manera siguiente: «Dios es la fuerza universal, penetrada de inteligencia, que produce por la conciencia infinita que de sí tiene, los séres de todos los reinos, desde el flúido imponderable hasta el hombre, y que solo en el hombre llega á reconocerse á sí misma, y á decir: Yo. Léjos de ser nuestro Señor Dios el asunto de nuestras investigaciones, ¿cómo se han atrevido los taumaturgos á convertirle en un sér personal, rey absoluto unas veces, como el Dios de los judíos y de los cristianos, y constitucional otras, como el de los deistas, y cuya providencia incomprendible parece perpétua y únicamente ocupada en desorientar nuestra razon.»

Aquí hay tres cosas: 1.^a afirmacion de una fuerza universal, inteligente y divina, que es el panteismo; 2.^a encarnacion mas excelente de Dios en la humanidad, que es el humanismo; 3.^a negacion de un Dios personal y de su providencia, que viene á ser el deísmo.

En la obra que intituló *Sistema de las contradicciones económicas*, capítulo 8, dice así: «Prescindiré de la hipótesis panteista, que siempre me ha parecido una hipocresía ó una cobardía. Dios es personal, ó no existe.» Aquí se afirma todo lo que en el texto

anterior se niega, y se niega lo que en el texto anterior se afirma. Allí se afirma un Dios panteísta é impersonal; aquí se niegan, como dos cosas igualmente absurdas, la impersonalidad de Dios y el panteísmo.

Más adelante añade en este capítulo: «El verdadero remedio »contra el fanatismo no me parece que está en identificar á la humanidad con la Divinidad, lo cual no viene á ser otra cosa sino »afirmar en economía política el comunismo, y en filosofía el »misticismo y el *statu quo*. El verdadero remedio está en demos- »trar á la humanidad, que Dios, si es que existe, es su enemi- »go.» Después de haber dado al traste con su panteísmo y con su Dios impersonal, aquí acaba con el humanismo, que está contenido en la definición del texto. Por otra parte, aquí comienza á revestirse de una forma concreta la teoría de la rivalidad entre Dios y el hombre, de que hemos hecho mérito ya en otro capítulo de este libro.

La condenación del humanismo y la teoría de la rivalidad aparecen mas claras en el capítulo 9 de la misma obra, en donde se lee lo que sigue: «Por mi parte (y siento en verdad haberlo de confe- »sar, cierto como estoy de que esta declaración me separa de los »mas inteligentes entre los socialistas) mientras mas pienso en ello, »mas imposible me es suscribir á esta deificación de nuestra espe- »cie, que bien considerada no es otra cosa, en los ateos de nues- »tros días, sino el último eco de los terrores religiosos; y la cual »rehabilitando y consagrando el misticismo con el nombre de hu- »manismo, vuelve á poner las ciencias bajo el imperio de las preo- »cupaciones, la moral bajo el imperio de los hábitos, la economía »social bajo el imperio del comunismo, ó lo que es lo mismo, de la »atonía y de la miseria; y por último, la lógica misma bajo el impe- »rio de lo absurdo y de lo absoluto. Y cabalmente porque me veo »obligado á repudiar... esta religión, juntamente con todas las que »la precedieron, es por lo que necesito todavía admitir como »plausible la hipótesis de un sér infinito... contra el cual debo lu- »char hasta la muerte, porque ese es mi destino, como Israel con- »tra Jehová.»

Nada queda de la definición de Dios sino la negación de la providencia; y hasta esa negación desaparece con esta afirmación contraria: «Y véase cómo caminamos á la ventura, conducidos por la »Providencia; que nunca nos avisa sino cuando nos hiere.» (*Système des contradictions*, c. 3.)

Por lo expuesto se vé que Mr. Proudhon, recorriendo la escala de todas las contradicciones racionalistas, es ahora panteísta, luego humanista, después maniqueo; que cree en un Dios impersonal, y luego declara monstruosa y absurda la idea de un Dios, si el Dios ideado no es una persona; y por último que afirma y niega la Providencia al mismo tiempo. En uno de nuestros capítulos anteriores vimos de qué man era en la teoría maniquea de la rivalidad entre Dios y el hombre, el hombre proudhoniano era el representante del bien, y el Dios proudhoniano el representante del mal: ahora veremos de qué manera, según el mismo Proudhon, todo este sistema viene al suelo.

En el capítulo 2 de la obra ya citada se espresa de esta manera. «La naturaleza ó la Divinidad ha desconfiado de nuestros corazones, »y no ha creído en el amor del hombre por sus semejantes. Todos »los descubrimientos de las ciencias acerca de los designios de la »Providencia sobre las evoluciones sociales, sea dicho para vergüen- »za de la conciencia humana, y sépalo nuestra hipocresía, dan tes- »timonio de una misantropía profunda por parte de Dios. Dios nos »da ayuda, no por bondad, sino porque el orden constituye su »esencia. Si procura el bien del mundo, no es porque le juzgue »digno del bien, sino porque está obligado á ello por la religión de »su suprema sabiduría. Y mientras que el vulgo le nombra con el »tierno nombre de padre, ni el historiador ni el economista filósofo »encuentran motivo para creer en la posibilidad de que nos estime »y nos ame.»

Con estas palabras viene á tierra el maniqueísmo proudhoniano. El hombre no es el rival sino el esclavo despreciado de Dios; no es el bien ni es el mal, es una criatura en que se agitan los instintos groseros y serviles que en los esclavos engendra la servidumbre. Dios es no sé qué conjunto de leyes severas, inflexibles y matemá-